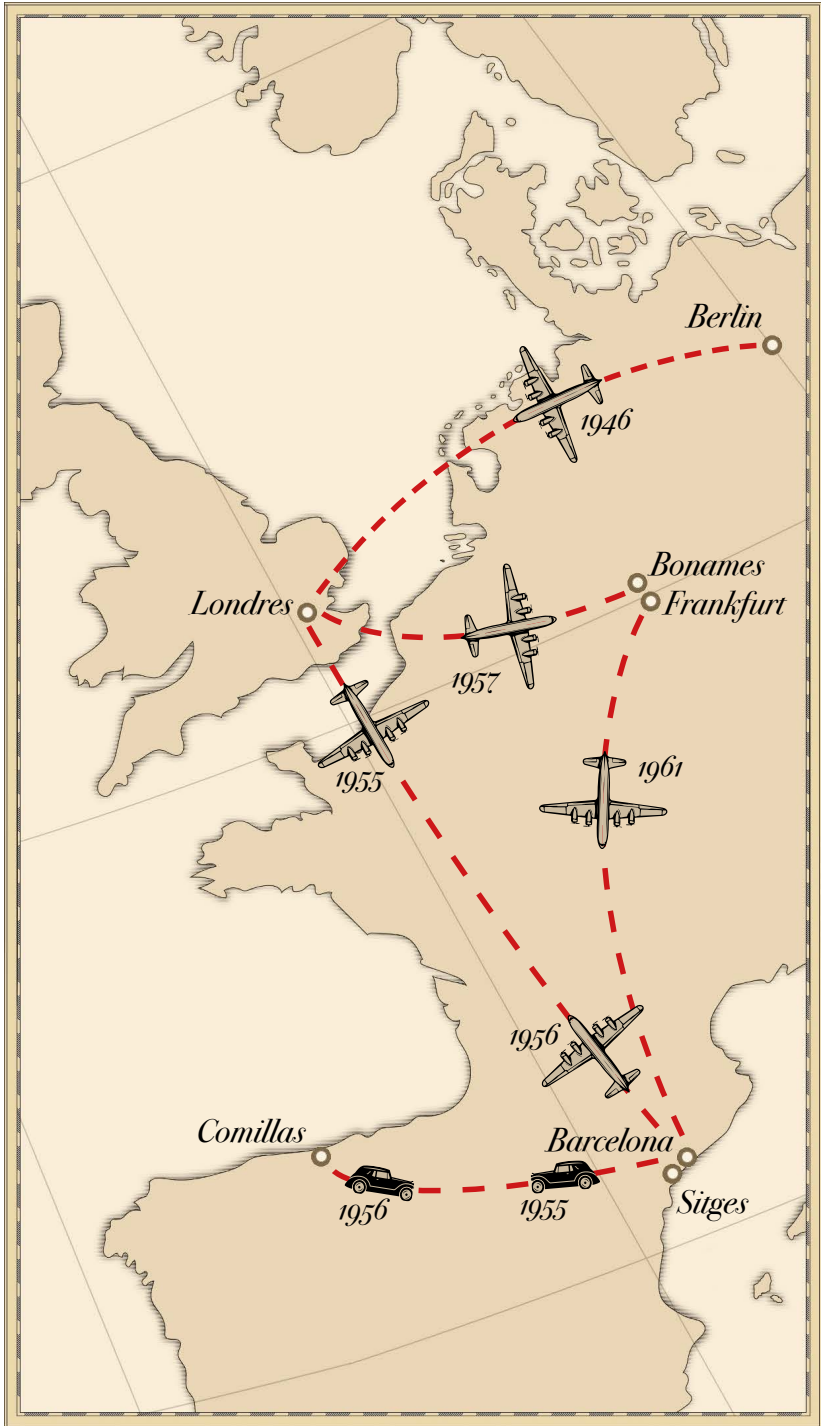


Mutti

Para Juliette, Manu y Edu,
sus tres nietos, a pesar de todo.



Decir que hablaba ruso de niño sería excesivo, pero lo oí, me sumergí en esa lengua y me quedó un acento que mis interlocutores concuerdan en calificar de excelente. A la primera frase, creen que hablo ruso de corrido. Esa primera frase es a menudo: «Ja ochen plaja gavariú pa ruski» (Hablo ruso muy mal), y como la pronuncio muy bien lo toman como falsa modestia. A la segunda no tienen más remedio que darme la razón.

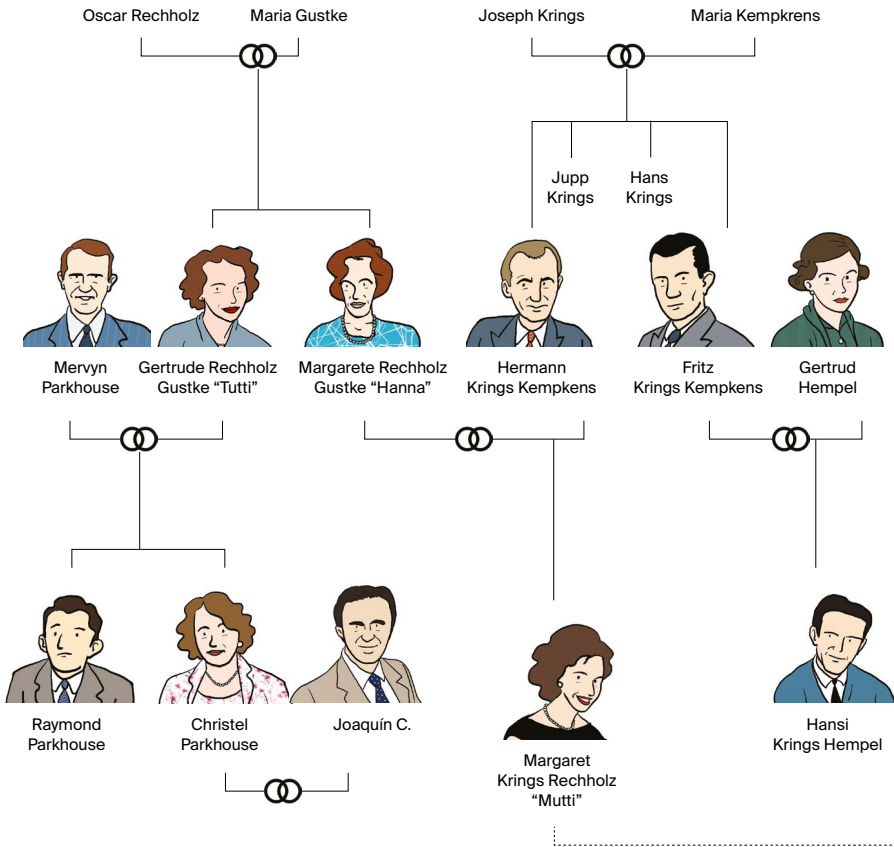
—Emmanuel Carrère, *Una novela rusa*

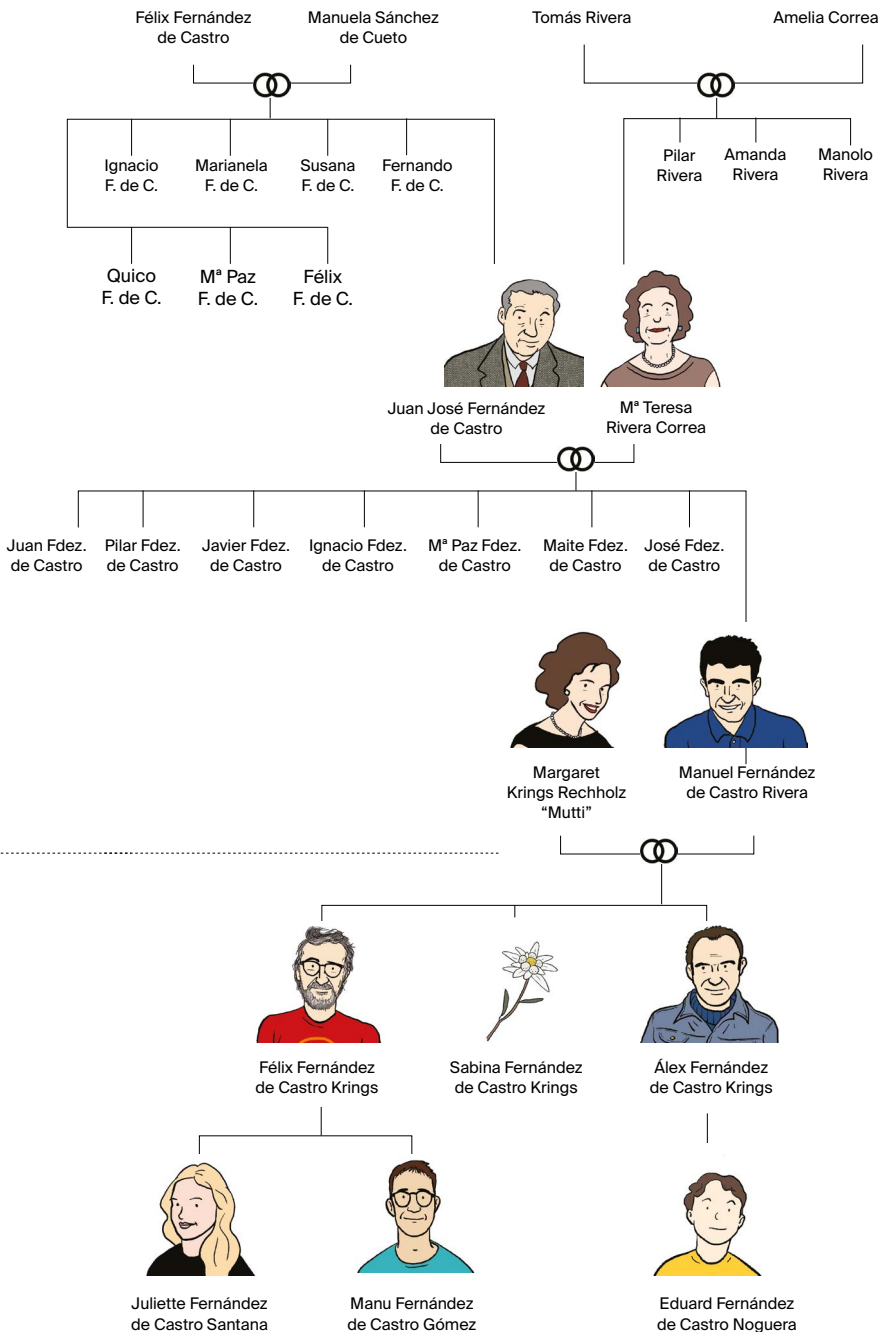
En realidad, la sombra está siempre. Incluso si tus padres no están, su sombra queda.

—Paolo Sorrentino

Escribo para entender.

—Javier Cercas







«Ihne mihne mink maus klink Klaus,
Ohne bohne backe dich,
Eier, weier, weck»



1.

Esta mujer con aspecto de actriz de cine de los años sesenta es mi madre, Margaret Krings Rechholz, *mutti*¹, como la llamábamos a veces.

Durante demasiado tiempo, Margaret no ha sido mucho más que un nombre en el reverso de mi documento nacional de identidad, un segundo apellido alemán de una sola sílaba colocado a la sombra de un primer apellido español, probablemente demasiado largo, que tampoco dejaba lugar para mucho más.

A diferencia de mi padre, que tuvo una familia muy extensa, mi madre era hija única, y mi familia alemana, por tanto, siempre tuvo una presencia mucho menor, casi testimonial, en nuestras vidas.

1 Diminutivo de madre en alemán.

Mi madre murió sola, en diciembre de 1978, en el Hospital Clínico de Barcelona, cuando yo tenía 15 años.

Supongo que lo único que pude hacer entonces a propósito de su muerte fue enterrarla en mi memoria más profunda para tratar de salir adelante.

Con los recuerdos de mi madre me sucede lo mismo que con mi lengua materna, el alemán, que ella me enseñó cuando era muy pequeño: a veces pienso que la he olvidado, y, cuando tengo algún trato esporádico con alemanes o simplemente escucho hablar alemán durante un rato, regresa a oleadas, y entiendo palabras y frases que ni siquiera soy consciente de que sabía.

Durante mucho tiempo, diría que todavía hoy, algunos episodios de la vida de mi madre, desde las circunstancias de su muerte hasta algunos otros de los que he tenido noticia mucho más tarde, han sido un tema de conversación ingrato y difícil para mi familia, incluida la de mi padre, que vivió la fase final de su enfermedad con gran angustia y que aún hoy se cuestiona a veces si realmente se hizo todo lo posible por ayudarla.

Parece evidente que, al menos en la fase inicial, nadie fue capaz de anticipar el verdadero alcance de los problemas de mi madre. Y que, una vez empezaron a manifestarse en toda su gravedad, dieron pie a algunas decisiones que terminaron resultando fatales.

Durante la posterior convivencia con mi padre, que la sobrevivió 19 años con un innegable sentimiento de culpa, tampoco fue mucho más fácil mantener vivo su recuerdo, tenerla presente de algún modo. Supongo que él trató de hacer lo mismo que mi hermano y yo: enterrarla de una vez para poder seguir con su vida. Puedo llegar a entenderlo.

La figura de mi madre pasó a ser desde entonces el elefante en la habitación. Un vacío clamoroso y sin embargo ignorado en nuestra particular constelación familiar, a pesar de haber de-

jado una huella indeleble en la existencia de muchos de los que la sobrevivimos.

Hansi Krings, único primo carnal vivo de Margaret por su rama paterna, se expresaba en estos términos en una de las cartas que intercambiamos durante mi investigación para escribir este libro:

La fatídica vida de tu madre y tus sufrimientos no solo me conmueven profundamente, sino que actúan como una lupa² sobre mi propia vida. ¿De dónde vengo? ¿Cómo he llegado a ser quien soy? ¿Y quién soy realmente? ¿Por quién me he cargado de culpa? Félix, ya soy un hombre viejo y cansado. Desde mi «Kaleidoskop»³ he lidiado con mi pasado y el de otras personas (...) y, finalmente, con las vidas de Margaret y la tuya propia. No puedo seguir haciéndolo. El tiempo que me queda quiero vivirlo aquí y ahora. Seguro que podrás entenderlo.

Ahora, casi todas las personas que podrían contarme cosas sobre la vida de mi madre han muerto, a excepción de él y de Christel Parkhouse, la única prima viva de Margaret por su rama materna, que ha sido una fuente de información muy valiosa sobre la infancia y la época de juventud de mi madre. También siguen con vida algunos hermanos de mi padre y unos pocos amigos de su época en España.

Puede que esa haya sido otra de las razones para tratar de recuperar esa figura cada vez más difuminada, antes de que sea demasiado tarde.

2 Hansi emplea en realidad la expresión inglesa *burning glass*, mucho más incisiva.

3 Hans Krings –hijo de Fritz, uno de los tres hermanos de mi abuelo materno Hermann– se refiere a «Kaleidoskop», un ejercicio de recapitulación sobre su vida y la de su familia, del que pude rescatar algunos datos sobre mi escasa familia alemana.

Para devolverle el lugar que le fue negado durante demasiado tiempo. Para perdonar, y perdonarme, todo lo que deba ser perdonado. Y también, para averiguar quién era ella, con el fin de entender un poco mejor quién soy yo.

Alguien me dijo una vez que mi madre pasó por este mundo sin dejar rastro. No es cierto.

Dejó dos hijos y tres nietos a los que nunca conoció, a quienes me parece crucial mostrarles sus raíces, que son parte de su propia historia.

Conviví con mi madre muchos años menos que los que he vivido después sin ella. De su vida antes de que yo naciese ha pasado todavía más tiempo, y ya no queda casi ningún testigo. Y Margaret no nos contó nunca gran cosa sobre su pasado, ya fuese porque le resultaba doloroso, o simplemente porque nos consideró demasiado pequeños para compartir algunas cosas.

Cuando murió yo era apenas un adolescente, y diría que la distancia que separa a los hijos de sus padres en esa etapa suele ser máxima, aunque nunca he pensado que tuviésemos mala relación.

Mi hermano Álex sostiene que sí era una relación conflictiva, y recuerda desencuentros frecuentes entre mi madre y yo.

Sin duda, no era una relación tan profunda, o cómplice, como pudo haberlo sido más tarde. O como fue la que mantuve con mi padre después de mi adolescencia; al fin y al cabo conviví con él casi dos décadas más que con Margaret.

En consecuencia, no tengo grandes recuerdos de mi madre. Imagino que bloqueé muchos de ellos cuando murió, como parte de una estrategia elemental para mantener a raya el dolor.

Durante años conservé de cualquier manera, en el fondo de un armario, el mejor retrato que tengo de ella, el que figura en



la cubierta de este libro. Ni quería ni podía enfrentarme a la imagen de mi madre que hoy cuelga en una pared de mi casa donde, ahora sí, me encanta poder verla todos los días.

En un encuentro con mi hermano para compartir recuerdos, me sorprendió lo relativamente poco que fuimos capaces de rescatar de nuestra memoria.

Álex se ha revelado como una valiosa fuente de información, lo cual podría parecer una obviedad para cualquiera, pero yo no lo tuve en cuenta, al menos al principio: di por hecho que nuestros recuerdos sobre mi madre debían ser parecidos, cuando no idénticos. Curiosamente, no es así.

A menudo me he preguntado con cierta inquietud si Álex estaría de acuerdo con la visión que yo mostrase sobre nuestra madre, o con el hecho de que me hubiese arrogado el papel de cronista de su vida, un rol sobre el que él tiene el mismo derecho que yo.

Indagar sobre Margaret es como abrir una muñeca rusa. Cada pregunta sobre los episodios más importantes de su vida contiene otra, que a su vez esconde otra más. Y las posibilidades de responderlas, al igual que sucede con las matrioskas, se van haciendo más pequeñas cada vez, de modo que mi investigación ha sido una tarea difícil y a menudo frustrante.

Poco antes de morir, mi padre dejó un cuaderno manuscrito, dirigido a mí y a mi hermano Álex, en el que nos contaba a grandes rasgos la historia de nuestra madre. Probablemente lo escribió siendo consciente del vacío que dejó tras su muerte y del limbo en el que unos y otros la mantuvimos durante tanto tiempo.

Por supuesto, es una visión subjetiva, unilateral, de la historia, en la que, a solas frente al papel en blanco, más de veinte años después de la muerte de Margaret, mi padre incurre en algunas contradicciones, especialmente en lo que se refiere a la enfermedad de mi madre en su fase más avanzada o a su propio sentido de la responsabilidad sobre lo que ocurrió. Imputables al remordimiento, a alguna mala pasada de la memoria o tal vez al simple paso del tiempo.

Aun así, leyendo y releendo ese cuaderno, descubrí algunas cosas que nadie me había revelado antes, episodios de la vida de Margaret que me parecieron, me parecen aún, dignos de ser contados.



HERMANN Y HANSI KRINGS EN STETTIN (HOY SZCZECIN) c.1939

Por ejemplo, supe que mi abuelo materno, Hermann Krings, a quien no conocí y de quien heredaré mi tercer nombre, Germán, fue miembro de las SS y luchó durante la Segunda Guerra Mundial en los frentes de Grecia y Rusia.

Averigüé que, en su juventud, mi madre tuvo relaciones con otros dos hombres españoles antes que con mi padre.

Uno de ellos era un jugador compulsivo que perdió en una apuesta todo el dinero de la caja de la oficina alemana de Iberia en Frankfurt, en la que trabajaba con mi madre, y terminó en la cárcel.

El otro era un piloto de la misma compañía, y al parecer la abandonó por una *starlette* del cine español de la época. Se mató poco después estrellándose con su avioneta.

Mi madre se casó vestida de negro porque su padre había muerto unos meses antes de la boda. Yo había visto muchas veces fotografías tomadas ese día, así que eso ya lo sabía. Lo que no supe hasta que leí el manuscrito de mi padre es que mi abuelo alemán, Hermann Krings, al que nunca conocí, se había suicidado. Y que dos de sus tres hermanos habían muerto de la misma forma.